

Prólogo

.....

Érase una vez, en lo alto de los Pirineos, dos diminutos reinos prósperos y tranquilos. En uno de los reinos, Richarte, nació un niño al que nombraron príncipe heredero.

En el otro reino, Beaumontagne, nacieron tres niñas en medio de un gran regocijo. Sorcha, Clarisa y Amy fueron educadas con esplendor real por su cariñoso padre, el rey, y por su abuela, una tirana que exigía el cumplimiento de sus deberes principescos en todo momento.

Luego la revolución arrasó Europa y sumió los dos reinos en el caos y la anarquía.

Después de tres años de guerra, las tres princesas de Beaumontagne fueron enviadas en secreto a un país seguro, Inglaterra. Su padre, el rey, fue derrocado poco después y murió, y tras seis años de enfrentamientos, la abuela recuperó el control de manos de los revolucionarios. Entonces envió en busca de sus nietas a su emisario de máxima confianza, Godfrey, quien resultó no ser leal. Le habían sobornado para que aceptara dinero a cambio de matar a las herederas. En el último momento no pudo soportar la idea de asesinar a las muchachas, de modo que les dijo que huyeran y luego informó a la anciana reina de que sus nietas habían desaparecido. La anciana reina envió mensajeros hasta el último rincón del país, pero, ay, no había ni rastro de las Princesas Perdidas.

Por otro lado, en Richarte, un cruel usurpador, el conde Egidio duBelle, encerró al príncipe heredero en la más profunda y oscura mazmorra, en la que se pudrió durante ocho años. Pero al final consiguió escapar y logró llegar a la tierra de Beaumontagne, donde llegó a un acuerdo con la anciana reina.

Si encontraba a las tres Princesas Perdidas, podría elegir como esposa a una de ellas. Una vez celebrada la boda, entonces y sólo entonces le permitiría tomar el mando de los ejércitos de Beaumontagne para arrojar al cruel usurpador de su trono y recuperar su reino.

Pero mientras el príncipe buscaba a las muchachas, el conde DuBelle ordenó su captura y envió hombres en busca de él así como de las princesas, quienes, recordando la advertencia de Godfrey, temían salir a la luz.

De modo que, como tantos buenos planes, la maniobra para rescatar a las Princesas Perdidas había fracasado...

Capítulo 1

No atraigas nunca la atención. La razón de existir de una princesa es cumplir su deber como representante de la Familia Real. Nada más.

REINA CLAUDIA, VIUDA DEL MONARCA DE BEAUMONTAGNE

ESCOCIA, 1808

*E*l valle era suyo, el pueblo era suyo, no obstante aquella mujer entró a caballo en la plaza central de Freya Crags como si le perteneciera.

Robert MacKenzie, conde de Hepburn, miró con el ceño fruncido a la desconocida que cruzaba a medio galope el puente de piedra y se abrió paso entre la bulliciosa multitud. Era jornada de mercado y había casetas de lona marrón instaladas a lo largo del perímetro de toda la plaza. El fragor de un centenar de voces ofreciendo sus mercancías resonaba por todo el lugar, pero la desconocida destacaba entre la muchedumbre, sobresalía por encima de la gente, sobre un rebelde potro de dos años. El caballo castaño pisaba con brío, como si llevarla a ella le produjera orgullo, y la mera calidad de la montura era suficiente para que la gente girara la cabeza.

La dama montada en la silla aún atraía más la atención, primero miradas fugaces, luego escrutinios persistentes.

Robert miró a su alrededor, al pequeño círculo de hombres mayores reunidos al sol delante de la taberna. Tenían abiertas sus arrugadas bocas mientras miraban embobados, olvidados de la mesa y el tablero de ajedrez que tenían delante. En torno a ellos, el sonido de los regateos entre compradores y mercaderes se convirtió en un zumbido de especulaciones mientras todas las miradas se volvían en dirección a la desconocida.

El traje de montar de lana negra la cubría hasta el cuello, preservando así la ilusión de decoro y acentuando cada curva de su delgada figura. Llevaba un alto sombrero negro de ala ancha y un velo del mismo color que flotaba por detrás. Las mangas lucían un ribete rojo a juego con la pañoleta que rodeaba su cuello, y esas pequeñas muestras de color vivo conseguían un agradable impacto a la vista. Tenía un seno generoso, cintura estrecha, relucientes botas negras y un rostro...

Dios bendito, su rostro.

Robert no podía apartar la mirada. Si hubiera nacido en el Renacimiento, los pintores se habrían congregado ante su puerta para rogarle que posara para ellos. La habrían pintado como un ángel, pues su dorado cabello ondulado relucía con luz propia, la envolvía en una especie de aureola. Parecía que aquellos destellos cobrizos de los rizos pudieran calentar las manos, y Robert se sintió incitado a hundir sus dedos en aquellas ondas, descubrir su calor y textura. Las mejillas suavemente redondeadas y los grandes ojos color ámbar, bajo oscurecidas cejas, llevaban a un hombre a pensar en el cielo, y aun así el gesto obstinado de su barbilla salvaba el rostro de una dulzura empalagosa. Tenía una nariz pequeña, el mentón demasiado ancho para ser del todo atractivo, pero sus labios eran carnosos, exuberantes y rojos. Demasiado rojos. Usaba carmín, Robert estaba convencido. Tenía el aspecto de una inglesa de buena familia, excepto que ninguna mujer de buena familia se pintaría jamás los labios, sin duda, y mucho menos viajaría sola.

La joven sonrió y mostró a Robert un leve destello de su recta dentadura blanca... una boca que él decidió explorar.

Se enderezó y se apartó de la pared de la taberna.

¿De dónde había surgido ese pensamiento, qué diablos?

Hamish MacQueen era divertido y bullicioso, había perdido el

brazo en un accidente acaecido tiempo atrás en la Armada Real de Su Majestad.

—¿Quién suponéis que es?

Buena pregunta, y Robert tenía intención de conseguir una respuesta.

—No sé, pero me gustaría levantarle las faldas —respondió Gilbert Wilson, llevando su ingeniosa astucia por derroteros más perversos.

—Me gustaría invitarla a una salchicha cruda para la cena. —Tomas MacTavish se dio un palmoteo en su débil rodilla y soltó una risa socarrona.

Henry MacCulloch se sumó al pasatiempo.

—Me gustaría hacer el perrito entre sus encajes.

Y el viejo se rió con picardía recordando los días en que habrían tenido ocasión de agasajar a una hermosa visitante. Ahora se contentaban con permanecer sentados al sol delante de la taberna y comentar las actividades del pueblo y jugar a las damas; o al menos se contentaban hasta que ella apareció cabalgando.

Robert entrecerró los ojos mirando a la desconocida. Era lo bastante listo, y había visto lo suficiente en sus viajes, como para reconocer el peligro nada más verlo. En apariencia, él siguió mostrando un leve interés por las actividades de la plaza, pero mantenía alertas todos sus sentidos a la espera de alguna trampa. Más bien, preveía esa trampa. Al fin y al cabo, el mundo no era un lugar tan seguro como la gente de este pequeño pueblo se imaginaba. El mundo estaba lleno de mentirosos y tramposos, asesinos y cosas peores. Eran los hombres como él, como Robert, los que mantenían seguro este lugar, y si no bajaba la guardia podría seguir haciéndolo.

—Serán necios estos puñeteros viejos. —La tabernera, Hughina Gray, estaba de pie secándose las manos en el delantal. Desplazó su mirada de Robert a la desconocida—. ¿No se dan cuenta de que no augura nada bueno?

—Apostaría a que es muy buena —dijo el hermano de Tomas, Benneit, y los viejos se rieron hasta quedarse sin aliento.

—No debería hablar así delante del señor —reprendió Hughina con un rápida mirada de soslayo a Robert. Hughina tenía la edad de

Robert, era atractiva y estaba viuda, y había dejado bien claro que en su cama había sitio para él.

Robert no había aceptado la invitación. Cuando un noble se acostaba con las mujeres de sus tierras, los problemas estaban garantizados. De modo que si sentía un impulso imperioso, se desplazaba al otro lado de las colinas, a Trevor, y hacía una visita a lady Edmundson. Ella disfrutaba con el cuerpo de Robert y su impetuosa sexualidad sin que le importara un comino si la amaba o no, y eso convertía la relación en un trato muy interesante para ambos.

En los últimos tiempos no había sufrido aquel impulso.

Arrugó con su mano la carta, tan leída, que guardaba en el bolsillo. Había estado demasiado ocupado haciendo planes, planes desesperados, planes de venganza, y ahora esas artimañas quedaban reducidas a nada porque una mujer no podía cumplir lo pactado. Maldita. Que se pudriera en el infierno.

Pero por el momento estaba distraído prestando atención a la exótica desconocida que rodeaba los puestos para dar a todo el mundo oportunidad de verla; también era consciente de cómo su gente la observaba. Pese a las expresiones recelosas o inquisidoras, ella les dedicaba una sonrisa amistosa como si no tuviera ni un gramo de inteligencia.

Su ojos encontraron y estudiaron a la nueva costurera.

La costurera le devolvió la mirada con toda la hostilidad de una mujer vulgar ante una belleza.

De modo que, pese a la timidez de quien no ha salido mucho de casa, la señorita Rosabel tenía la sensatez de la que carecía la desconocida. Robert volvió la mirada a los viejos aún carcajeantes. Y por lo visto, más sensatez que los hombres que habían vivido aquí toda su vida.

La desconocida avanzó a caballo hasta el centro de la plaza, donde una estatua rendía homenaje a un antepasado de Robert, Uilleam Hepburn, fundador de la ciudad en el vado del río. Un estrado rodeaba la estatua, y justo allí fue donde ella se bajó del caballo.

Por supuesto, Robert ya sabía que a la joven le gustaba que la contemplaran.

Ató el caballo al aro de hierro y puso sus alforjas sobre la plata-

forma que la elevaba por encima de la multitud. La multitud curiosa se agolpó. Por un momento, la mujer adoptó una expresión grave, se tocó el crucifijo que le rodeaba el cuello, luego tomó aliento y separó los brazos.

—Buena gente de Freya Crag, permitid que me presente. ¡Soy una princesa en el exilio!

Robert se puso rígido, lleno de incredulidad e indignación.

Hughina soltó un resuello.

—¡Oh, por el amor de Dios!

La dama al lado de la estatua alzó la barbilla con una sonrisa deslumbrante.

—¡Soy la princesa Clarisa del reino perdido!

Hamish estiró el extremo de la camisa que tapaba el muñón de su brazo. El viejo soldado tenía sus puntos flacos, y una mujer guapa era el principal.

—¡Eh, una princesa! Tenemos buen gusto.

—Sí, y apuesto a que ella tiene además buen sabor —dijo Gilbert.

Todos los viejos se rieron de modo socarrón, entusiasmados ante el regocijo de contar con una distracción tan vistosa en sus reposadas vidas.

Robert les echó un vistazo, su acceso de excitación le distrajo del espectáculo en el centro de la plaza.

Luego aquella ladrona que se hacía pasar por princesa hizo otra escandalosa revelación:

—¡He venido a traer la juventud, la belleza y la dicha a vuestras vidas!

Robert volvió de golpe la cabeza hacia la pícara principesca. Las palabras de su ayudante, Waldemar, resonaron de nuevo en su cabeza con claridad. Waldemar podía haber estado allí de pie hablándole al oído: *El señor es misericordioso, capitán, y ninguna persona aparece en su vida sin un propósito. Sólo tiene que descubrir de qué se trata, y sacarle provecho, y así siempre se saldrá con la suya, ya lo verá.*

Con esa capacidad para planificar que había desarrollado en el ejército, veloz como el rayo, Robert cayó en la cuenta del motivo de que esta mujer hubiera llegado a su pueblo, y el propósito al que iba

a servir. Sí, la utilizaría como el instrumento que era. Ella seguiría sus instrucciones porque no tendría otra opción y, sí, él se saldría con la suya.

Fortalecido por su determinación, Robert se abrió camino entre la multitud en dirección a la estatua, y a la princesa.

Por fin, se haría justicia.

.....Capítulo 2.....

*Si no sabes ver el lado luminoso de la vida,
saca brillo al lado empañado.*

LOS VIEJOS DE FREYA CRAGS

La princesa Clarisa Juana María Nicolasa Lili tomó aliento y esperó mientras la multitud curiosa se abalanzaba hacia delante.

La observaban en silencio y sin entusiasmo, vestidos de marrón o negro. Ella distinguía aquí o allá un destello de pelo rojo o rubio, pero las mujeres se cubrían la cabeza con pañoletas y los hombres llevaban sombreros. Estaba claro que el lugar era próspero, sin embargo no veía sonreír a nadie, ningún vestido de vivo color ni ninguna cinta frívola en el pelo. Era como si hubieran perdido el ánimo, como si no pudieran ver la preciosa luz del sol de Dios ni oler las flores que se vendían por ramilletes en los puestos.

Era cierto lo que decían en Inglaterra. Los escoceses eran adustos y sosos. Esta gente necesitaba de alguien como ella, necesitaba lo que ella tenía que ofrecer.

Volvió a frotarse el crucifijo de plata que le rodeaba el cuello. Se suponía que la cruz le traía suerte, una suerte que había fallado de forma notable en los últimos meses. Tal vez fuera por la preocupación que no dejaba de angustiarla y que había alcanzado grado de desesperación, y la desesperación se colaba a través de su habitual fachada de seguridad, empañando su voz, su sonrisa y su presencia.

Era el motivo de que hubiera cruzado la frontera con Escocia: en Inglaterra ya no convencía tanto, y de algún modo tenía que ganarse la vida.

No podía fallar. Demasiadas cosas dependían de ella.

Todo dependía de ella.

Con la destreza de una imitadora nata, permitió que su voz adoptara un acento escocés sumamente leve.

—Buena gente de Freya Crag, puedo convertir en hermosa a una muchacha feúcha. Puedo curarle los granos. Puedo aportar color a sus pálidas mejillas y convertirla en objeto de atención de cualquier hombre. Por supuesto, esto mismo puedo hacer con cualquier caballero que precise un poco de ayuda en su departamento de amoríos. Claro que, señoras —guiñó un ojo de forma ostentosa—, ¿no les parece que sólo un poco de jabón hace irresistible incluso al hombre más feo?

Unas pocas de las mujeres más viejas esbozaron una sonrisita y dieron con el codo a sus hombres. Los aludidos refunfuñaron con gesto huraño.

Ella les sonrió. Siempre les sonreía, pasara lo que pasara, y por lo habitual los hombres acababan por devolverle la sonrisa.

—¿Qué nos quiere vender, señorita? —preguntó a viva voz una mujer rolliza y pechugona.

—Felicidad —se apresuró a responder Clarisa.

—Eso lo puedo comprar en la taberna. —Habló un joven de aspecto saludable, pero sus ropas sucias, mal cosidas, revelaban con demasiada claridad que no estaba casado. Daba empujones a sus amigos y soltaba alegres risotadas, pero luego, cuando ella le miró a los ojos, su diversión se desvaneció y le salieron los colores.

—¿De veras? —Bajó la voz para que él y sus paisanos prestaran atención—. Pues, entonces, cuando te despiertes por la mañana y la boca te sepa a telarañas y la cama esté fría y solitaria, ven a decirme lo feliz que eres para que yo también pueda reírme.

El joven desplazó la mirada hacia una guapa muchacha con boca enfurruñada, quien torció la cabeza y prestó toda la atención a Clarisa.

Una vez superada la primera interrupción, Clarisa recuperó su tono.

—¿Quién soy yo, os preguntáis, para afirmar que puedo solucionar todas vuestras penas amorosas? Me llamo princesa Clarisa.

Un caballero de unos treinta años se estaba abriendo camino hacia la parte delantera, con una sonrisa lenta de incredulidad dibujada en sus labios. Al verle, Clarisa se olvidó de lo que estaba haciendo. Se puso recta. Se quedó mirando. Allí arriba en el escenario que había creado, era consciente de tan sólo una cosa: el hombre que la estaba observando con toda su atención.

Clarisa estaba habituada a la atención; de hecho, cualquier cosa que ella hiciera, dijera o vistiera fomentaba eso.

Pero este hombre era diferente. Llevaba ropas poco llamativas, pero su corte era más sofisticado que el de la gente del pueblo. Clarisa lo encasilló como un hacendado o tal vez un comerciante de Edimburgo. Sacaba a los demás hombres tres buenas pulgadas de altura, y su masculinidad era tan completa y abrasadora que suponía un desafío para todo lo femenino en ella. Tenía el pelo negro. No marrón oscuro: negro, como la seda negra que no absorbe nada a excepción de la luz del más brillante sol, para transformarla en destellos de plata. Tenía el rostro bronceado, un rostro duro que había visto mucho mundo y al que pocas cosas le gustaban. Su nariz era aguileña, mentón fuerte, y los ojos... ah, los ojos.

Clarisa intentó apartar la mirada, pero no podía despegarla.

Una mujer podría escribir poesía sobre aquellos ojos. Claros, de un centelleante azul, como zafiros reales incrustados en oro, observándola con esa clase de seguridad que transmitía que él entendía bien el placer de una mujer y que podría emplear todo su conocimiento sin misericordia, una y otra vez, hasta agotarse, o agotarla a ella o a ambos, abrasados por la dicha mutua.

Clarisa no quería este tipo de atención. No le hacía falta enfrentarse a ese tipo de tentación. Nunca se permitía los coqueteos ni las frivolidades de otras jóvenes de su edad, no se atrevía. De modo que iba a procurar mantenerse alejada de él.

Apartando la mirada, prosiguió:

—Sí. Soy una de las Princesas Perdidas. Mi país ha desaparecido, mi familia está desperdigada, pero no puedo evitar mi destino... y, buena gente de Freya Craggs, ¿sabéis cuál es ese destino?

Llevaba casi cinco años haciendo esto, y detectó que había atrapado en su red a unas cuantas personas incautas, ya que distinguió que varias cabezas diseminadas entre la multitud se meneaban como respuesta. Y les dijo:

—Una princesa recibe su educación con un propósito y nada más que uno: atrapar a un príncipe.

El regocijo se propagó por todo el gentío. Vio sonrisas. Sonrisas feas, cínicas, en los rostros mayores con más experiencia. Perplejidad y cierto tímido interés en las caras más jóvenes, y en unos cuantos, vana curiosidad.

—¿Puedo ayudarles a atrapar a un príncipe? —Se adelantó un paso hasta el borde del estrado y trató de bajar la voz—. Bueno, para ser sinceros, los príncipes no abundan mucho por estos lares en nuestros días.

La diversión fue en aumento, sin disimulo.

—Pero desde que yo era pequeña, me hicieron aprender una directiva a fuerza de repetírmela: encuentra a un príncipe y cástate con él. Ningún otro hombre sirve. Puesto que no puedo hacerlo, tengo que dedicarme a otros talentos míos: ayudarles a atrapar a su príncipe. Señoras, esas bolsas —indicó las alforjas de su caballo— ¡contienen secretos de la realeza de todo el mundo! Por supuesto —se permitió un gesto mustio con la boca—, tengo que cobrarles por ellos. Las princesas exiliadas también tenemos que comer. —Su voz cobró fuerza—. Pero podréis ver, sólo con mirarme, que no estoy haciendo una fortuna y que hago mi trabajo con garantías. —Todo el pescado estaba vendido.

Bien, casi todo. Unas cuantas personas seguían con los brazos cruzados sobre el pecho. Una guapa mujer junto a la taberna. Un hombre bajo y de mediana edad, con mirada mezquina cargada de resentimiento. Una dama alta, de rostro triste y hombros redondos. De ellos dependía Clarisa para que montaran barullo... y la ayudarían a remachar las ventas.

El caballero fascinante la observaba, por lo visto entretenido. Era una entidad desconocida. No obstante le resultaba familiar, como si le conociera de otro lugar, de algún sueño que había tenido o de algún deseo no satisfecho.

Él no le cayó bien.

Pero Clarisa hizo todo lo posible para olvidarle y sonrió, invitando los comentarios que sabía que se producirían.

La tabernera chilló:

—Tienes mucha labia, eso te lo reconozco. Otra cosa es lo que seas capaz de hacer.

Desde el centro de la multitud, el hombre bajo gritó:

—No puede hacer nada de lo que proclama.

La dama de rostro triste no dijo nada, pero retrocedió como si quisiera distanciarse de la multitud.

—¿Que no? —La mirada de Clarisa recayó sobre la sencilla costurera, absorta y muy próxima—. ¿Cómo se llama, señorita?

La costurera miró a su alrededor como si confiara en que Clarisa hablaba con otra persona.

—¿Cómo me llamo... yo?

—Sí, no sea tímida —animó Clarisa—. Dígame su nombre.

—Mmm... me llamo... señorita Amy Rosabel.

—Suba aquí, señorita Rosabel.

La señorita Rosabel hundió la cabeza y la sacudió como si le diera vergüenza.

Clarisa no iba a aceptarlo. Haciendo un llamamiento a la multitud, dijo:

—¡Vamos, buena gente! Demos una buena bienvenida a esta jovencita.

Unos cuantos de los más jóvenes aplaudieron a la señorita Rosabel.

A su pesar, ella subió para colocarse al lado de Clarisa. Sacaba al menos dos pulgadas a la princesa, pero encogía tanto los hombros que parecía más baja. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido muy tirante hacia atrás, lo cual acentuaba de forma más marcada la nariz estrecha y el mentón puntiagudo. Tenía ojeras y el cutis sumamente pálido. El vestido de lana marrón era atroz.

Para cualquier observador, estaba claro que necesitaba ayuda.

—Señorita Rosabel, voy a ponerla guapa —dijo Clarisa.

La señorita Rosabel se ajustó el harapiento chal alrededor de sus hombros.

—Que no, señorita, pero gracias de todos modos.

El tipo patizambo, de mirada mezquina y mejillas rojas soltó una risilla.

—Buena suerte con ésta. Sí que es fea, y eso es difícil de cambiar. La señorita Rosabel se subió el chal para taparse los labios. A las otras mujeres se les crispó el rostro de sufrimiento por ella. Clarisa la rodeó con el brazo en gesto de apoyo.

—Señor, le apuesto diez libras a que la vuelvo guapa.

El hombre dio un paso al frente.

—¡Hecho! Veamos cómo la vuelve guapa —miró a su alrededor con desdén— aquí mismo en la plaza.

Había dicho justo lo que todos decían. Justo lo que ella quería que dijeran. Se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Cómo se llama, señor?

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

—Billie MacBain, y ¿a ti qué te importa?

—Me preguntaba, Billie, si también te gustaría que te pusiera guapo.

El rugido de risotadas era gratificante, una prueba de que no había perdido el sentido de la oportunidad ni la habilidad para interpretar el carácter. La falta de altura de Billie y su aspecto le volvían hostil y beligerante, no le caía bien a nadie en todo el pueblo. Vio como él cerraba los puños y añadió:

—Pero no. Es un luchador, eso sí, y el mejor de Freya Craggs. Apuesto a que sí.

Él aflojó los puños. Su pecho se infló y soltó aliento, pero sus ojos no titubearon.

—Sí, eso es cierto, y mejor que lo recuerdes, nena.

Ella se permitió llevarse la mano al pecho.

—Y también es un bravucón que se merece una patada. —Le puso furioso con eso, pero las mujeres se sonrieron y se dieron codazos. Las había hecho sus aliadas, al fin y al cabo eran las primeras y mejores clientas.

Billie empezó a andar hacia ella con furia en los ojos y los puños preparados.

A Clarisa le dio un vuelco el corazón y, por un momento, pensó que se había pasado de la raya.

Luego el caballero fascinante puso una mano en el brazo de Billie y le contuvo.

El bravucón se volvió en redondo dispuesto a matar a quien le

hubiera detenido. Pero al ver quien le abordaba, bajó el puño y miró con hostilidad.

El caballero sacudió la cabeza.

Billie retrocedió.

O sea que el caballero también sabía pelear. Guapo, duro y dinámico. Infundía respeto, y tal vez cierto temor.

Clarisa se estremeció. Con certeza infundía temor en ella. Tenía que mantenerse alejada de él a toda costa.

Le temblaban un poco los dedos cuando abrió la alforja y sacó un suave paño y un tarro de arcilla. Sosteniendo el tarro anunció:

—Tengo aquí un potente extracto de hierbas y raíces en forma de suave crema que refresca el cutis y estimula los primeros vislumbres de belleza. Observen mientras la aplico. —La señorita Rosabel inclinó la barbilla hacia arriba mientras Clarisa extendía la crema y la frotaba para que fuera absorbida—. Tiene un aroma maravilloso a menta y romero, y un ingrediente secreto especial conocido sólo por las mujeres de mi familia real.

—Oro, incienso y mirra —se burló la tabernera.

—Tiene razón, pero sólo en parte —respondió Clarisa—. Por supuesto, mi reino queda lejos de Belén, pero las rutas comerciales se establecieron hace muchísimo tiempo, en la noche de los tiempos, y mi país es famoso por sus montañas, sus tesoros y sus hermosas mujeres. —Soltó una risa para los viejos situados debajo del alero de la taberna, que estiraban el cuello para contemplarla.

Fue correspondida con cinco sonrisas idénticas, casi sin dientes, y uno de los viejos se desplomó contra el muro mientras se llevaba la mano al pecho fingiendo espasmos.

La tabernera le sacudió con el chal.

Como un peculiar coro griego, los otros hombres se rieron al unísono, divertidos con su paisano y encandilados con ella.

A Clarisa le encantaban los hombres mayores. Decían lo que pensaban, se reían cuando querían y ella siempre les caía bien, pasara lo que pasara. Siempre.

Limpió con la toallita y con suavidad la crema del rostro de la señorita Rosabel. Le apremió a ponerse recta con los hombros hacia atrás, suavizó la línea severa del peinado que le rodeaba el rostro y la empujó hacia la parte frontal de la plataforma.

La multitud soltó un grato resuello.

—Sí, imagínense, ¡una mejora en tan sólo cinco minutos! —Clarisa señalaba mientras hablaba—. Sus ojeras han desaparecido y la piel tiene un aspecto sonrosado y saludable. —Aún más importante, pensó Clarisa con satisfacción, la nariz y la barbilla de la señorita Rosabel no quedaban tan alargadas y acentuadas, y el peinado suavizado le daba un encanto añinado—. ¡Concededme una hora y pensad en lo que puedo hacer!

La señorita Rosabel se tocó el rostro con cautela.

—¿Estoy guapa?

—Muy guapa —le aseguró Clarisa.

—¡Noto la piel tan limpia y fresca! —Por primera vez, una sonrisa se dibujó en el rostro de la señorita Rosabel, y se oyó un murmullo de admiración entre los hombres. No se habían fijado en ella antes. Ahora sí. No era hermosa del todo, pero era joven y saludable; no iban a faltarle ofertas para salir a pasear al anochecer.

Tendría que tener cuidado. Aunque la mayoría de hombres trataban con honor a una mujer soltera, no siempre sucedía así, y Clarisa inspeccionó la multitud con ansiedad, en busca de potenciales problemas.

Sacó de su alforja una banda de tejido azul claro y rodeó con ella el busto de la señorita Rosabel. El color volvió aún más atractivo su rostro, y dijo:

—Y bien, damas y caballeros, ¿merece esta mejora diez libras de Billie MacBain?

—¡Sí! —rugió la multitud, y todo el mundo miró a su alrededor en busca de Billie.

Clarisa se rió. Se rió con el placer de una victoria contra Billie y una docena de ventas garantizadas.

—Se escabulló hace cinco minutos. Pero yo he demostrado lo que quería. Pueden comprarme ahora la crema facial, y si quisieran conocer más regios secretos, pueden encontrarme alojada en la posada...

El apuesto caballero se estiró y la cogió por la mano. Finalmente habló:

—Será mucho mejor que se aloje en la casa solariega... princesa.

Clarisa había visto la casa MacKenzie mientras se aproximaba a caballo a Freya Crags. Apartada de la carretera, sobre una elevación,

con cuatro pisos y veinte ventanas en sus muros, con gárgolas en el tejado y puertas dobles de bronce tan grandes que no hubieran quedado mal en una catedral. A Clarisa se le heló el corazón al ver las imponentes piedras grises instaladas pesadamente sobre el terrero. Era como si la casa le advirtiera que continuara sin detenerse, y eso hizo, pues se enorgullecía de ser práctica y nada veleidosa.

El lugar le desagradó tal vez porque estaba enterada de quién era su propietario. Su espía en el pueblo le había escrito para informarla de lord Hepburn, un hombre cruel que ponía orden en sus tierras y en su familia como un déspota. Clarisa no quería quedarse en la casa, y no quería estar en las proximidades de este tipo, quien probablemente fuese el administrador o el mayordomo o... o un hombre demasiado guapo para su propio bien. O el de ella.

De modo que, con una sonrisa de superioridad que espantaba a la mayoría de hombres, dio un tirón para soltar su mano.

—Es muy generoso con las invitaciones de su señor.

Él no la soltó y no dio muestras de estar asustado.

Un murmullo de risas corrió entre los espectadores.

—¡No! —La señorita Rosabel le pellizcó en el codo con fuerza.

Clarisa se estremeció. Había cometido un error, aunque aún no se imaginaba cuál.

Con voz suave, con leve acento, el caballero dijo:

—Tengo motivos para ser generoso con las invitaciones a la casa MacKenzie.

No. No podía ser.

Pero sí.

—Soy Robert Mackenzie, conde de Hepburn. Soy el señor de Freya Crag, y el dueño de la finca. —Le besó en los dedos. Su aliento le calentó la carne y, por un momento, pensó que le había tocado la piel con la lengua—. No soy un príncipe pero, de todos modos, insisto, alójese en la propiedad conmigo.